

## ¿EXISTE EL «HOMBRE MEDIO» DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIOLOGICO?

En el lenguaje corriente se emplea frecuentemente el término de «hombre medio» —en este sentido se dice con frecuencia «francés medio»— o también «hombre de masa», o bien «hombre cualquiera» (como en italiano «l'uomo qualunque»), o, en fin, «el hombre de la calle». Estas diferentes expresiones designan una realidad que, de manera superficial y grosera, se puede comprender fácilmente. Sin embargo, no parece que éstas engloben particularmente al individuo perteneciente a las «clases medias». Pero si incluso fuera así, casi no habríamos avanzado, pues el concepto de clases medias es, en sí mismo, muy confuso, interpretado diversamente y difícil de aprehender.

Ciertamente, en el pensamiento de los que utilizan el término de «hombre medio» no existe confusión con un representante de las clases medias. El objeto definido es más extenso, pues con frecuencia se engloba en él, por ejemplo, a los obreros y a los burgueses. Aunque no hay referencia a una formación de clase, existe un cierto parentesco entre los dos conceptos porque, en los dos casos, se designa un elemento que se sitúa entre extremos. Clases medias en las que, como dice un sociólogo americano, todo es medio e intermedio. Hombre medio que no es ni un intelectual ni un vagabundo... La idea corriente de hombre medio está sin duda ligada a la aparición de una sociedad de fuerte densidad. Si se quiere comprender cómo un hombre puede hablar del hombre cualquiera es necesario concebirlo, por ejemplo, entre la muchedumbre del mediodía, a la salida de las oficinas y despachos, o también en el «Metro». Está rodeado de una masa que le parece extraordinariamente anónima, en la que todos los sujetos hacen los mismos gestos, leen los mismos periódicos, tienen los mismos objetos de interés, de preocupación y, aparentemente, los mismos sentimientos, los mismos pensamientos. Se sobreentiende que uno mismo observando esta multitud no es un «hombre cualquiera».

Uno se siente fuera, extranjero, y se puede tener fácilmente la impresión de que todos los que nos rodean son parecidos y representan un tipo de hom-

bre correspondiente a una especie de media. Por lo demás, es por esto por lo que se puede tan fácilmente identificar al hombre de la calle —el que encontramos sin conocer y que utiliza los transportes en común— con un hombre cualquiera —tomado al azar— y un hombre medio.

Que el hombre que vive en el medio urbano y en contacto con el anonimato de la multitud tenga esta impresión se concibe, pues, fácilmente; y que formule su impresión colocándose aparte es normal. El problema se suscita cuando los sociólogos recogen esta noción y la utilizan, explícitamente o no, como si correspondiese a una realidad indiscutible. Ya habíamos asistido, en otro dominio, a una operación del mismo tipo en el caso de la creación y utilización del *homo oeconomicus*. Los economistas habían partido generalmente de una visión evidente, simple y banal del hombre en su comportamiento económico, de una especie de media de comportamientos, y de ello edificaron un concepto sobre el cual construyeron todo un sistema económico. Así, se consideraba hacia 1840 que este *homo oeconomicus* no era una abstracción, un esquema teórico útil para razonar, sino, por el contrario, que era un hombre real, verdaderamente viviente; que el mismo hombre tenía un comportamiento dictado por su interés, por la satisfacción de sus necesidades y que daba preferencia a la actividad económica sobre todas las demás.

Se trataba de una antropología. Así, encontramos el mismo problema en sociología con el hombre medio. Parece que los sociólogos de fines del siglo XIX o principios del XX no fueron sensibles a este problema. Es cierto que Durkheim, por ejemplo, se refiere constantemente a la idea implícita de un hombre medio, pero este ejemplo nos permite describir otra «aproximación» de la cuestión. El sociólogo, en efecto, no obedece a la experiencia inmediata, a su sensibilidad, cuando está sumergido en la muchedumbre; su concepción de que existe un hombre medio proviene de otra cosa muy diferente. Tiene en principio una cierta concepción general de la sociedad, una vista global, y el hombre que corresponde a este esquema de la sociedad es entonces calificado de hombre medio. El es el tipo de esa sociedad, porque resume en sí mismo el conjunto de características retenidas por el sociólogo para calificar a esta sociedad. Entre cien ejemplos, citemos esta frase de Durkheim: «La conciencia colectiva es el conjunto de creencias y de sentimientos comunes a la media de los miembros de una sociedad» (de *La división del trabajo*, página 46). Encontramos en ella los dos términos: común y media. Hay una especie de media entre los miembros de una sociedad; evidentemente esta media está formada, en realidad, por el grupo más numeroso y al mismo tiempo más significativo. Existe, por otra parte, una identidad de creencias y de sentimientos que son comunes a todos los que se encuentran en esta media. Los dos factores se encuentran en estrecha correlación, pues si esos sentimientos son

comunes es porque son los de la media, y si existe una media es porque hay sentimientos comunes. Entonces, naturalmente, si puede ser así para las creencias y los sentimientos, con mayor motivo lo será para las actitudes y comportamientos, los cuales son mucho más susceptibles de ser tipificados en una jerarquía y parecen menos específicos.

Pero aquí lo esencial es observar que se trata de un tipo de hombre derivado de una vista general de la sociedad. Ni que decir tiene que esta concepción de un hombre medio con comportamiento estandarizado fué claramente o no la noción clave de todos los sociólogos de la «Masa»: Tarde, Le Bon, e incluso Ortega y Gasset, parten de la idea de masa, de las características de la masa en su conjunto, y de ello sacan un cierto tipo de hombre que describen como el hombre real. No se trata de una referencia al hombre medio, pero esto es justamente lo que describen. En efecto, nos muestran lo que es una colectividad y después derivan de ella «el hombre que vive en esa colectividad», que hace que ésta sea tal como es; esto supone que este hombre presenta determinados caracteres, tiene ciertos sentimientos y obedece a tales o cuales creencias. Como el movimiento de esa sociedad, o de esa masa, depende de lo que sea el hombre perteneciente a la misma, es preciso, pues, que la inmensa mayoría de los hombres que componen esas agrupaciones presenten esos caracteres en común. Dicho de otra manera, nos encontramos ante hombres medios, que permiten trazar el perfil del hombre medio.

Es preciso decir que todo esto parecía tan evidente y concordaba tan bien con el estilo de los estudios psicológicos del momento, que no se experimentó apenas la necesidad de precisar que se trataba del hombre cualquiera y que la noción de «hombre medio» no afloró sino raramente, pero todos los estudios reposaban sobre el presupuesto de su existencia. Son ensayistas apenas posteriores los que utilizarán el término y lo vulgarizarán. Así Benda, Berl. Guéhenno, De Rougemont y otros, hacia 1930, emplearán esta noción, tornando explícito lo que estaba corrientemente admitido antes de ellos. Algunos sociólogos han empleado igualmente el término y el hombre cualquiera parecía ser una noción utilizable en adelante, de manera más o menos precisa, pero desde ese instante surge la réplica y el replanteamiento.

\* \* \*

Desde hace unos treinta años, en efecto, los sociólogos y psicólogos han procedido a una minuciosa crítica de esta noción de hombre medio. Me parece que se puede resumir esta réplica de la manera siguiente: En primer lugar, se hace valer que esta idea de media es insostenible. ¿Con referencia a qué sería medio el hombre? ¿Cuáles son los extremos, que sean exacta-

mente reconocibles, calificables y que permitirían sacar una media? Y si por ello se quiere significar el hombre del mayor número, el tipo más extendido, ¿se está bien seguro de que eso corresponda a una media? En ciertos períodos históricos, revolucionarios por ejemplo, el tipo más corriente es, por el contrario, extremista. Así, en la Alemania de 1936, la inmensa mayoría de los alemanes eran nacional-socialistas, pero esto no tiene nada de opinión ni actitud medias, sino que, por el contrario, se sitúa a una extremidad de la escala de opiniones y de actitudes.

Además esta idea de media en que se situase al hombre implicaría la visión de una sociedad que se caracterizaría por un solo rasgo dominante, y sería en relación a ese rasgo como se podría dar una media. Si, con Marx, se considera que la sociedad del siglo XIX es únicamente una sociedad capitalista en la que todo se ordena en relación a este carácter, se puede obtener, con seguridad un perfil del hombre medio. E igualmente, pero en otro campo, si con Durkheim se considera que el rasgo decisivo y suficiente que caracteriza a la sociedad del siglo XIX es la división del trabajo, también se puede encontrar una media que permita definir a este hombre medio. Pero los estudios sociológicos han conducido a rechazar categorías unilaterales. Cada vez más, se considera que una sociedad está formada por una multiplicidad de caracteres, de rasgos, de instituciones, irreductibles los unos en relación con los otros. Se renuncia a hacer una teoría general de «la sociedad» por considerar que hay sociedades diversificadas. No poseemos una clave explicativa de todas las sociedades, ni de todas las agrupaciones. Estamos cada vez más atraídos por la ausencia de una media común entre las colectividades, y además esto se acompaña, en el estudio de una sociedad dada, del análisis cada vez más fino y diversificado de la multiplicidad de sus componentes. Así mal se ve dónde, cómo y con relación a qué situar una media, pues no puede haberla.

Hay posibles medias. Existe quizá un comportamiento político medio, pero que no coincide con un comportamiento familiar o cultural determinado. Así pues, por el hecho de la nueva orientación de la sociología, que hace desaparecer las «grandes doctrinas» y las explicaciones globales para consagrarse a las encuestas y a los estudios de detalle que proporcionan sólo resultados parciales, la noción general de hombre medio desaparece.

Este es ya, en este primer nivel de crítica, el resultado de la orientación del método sociológico. Añadamos igualmente que en esta nueva orientación se desconfía de las tipologías construidas a partir de ideas generales y que parecen reposar sobre evidencias, como dadas *a priori*. Pero debemos precisar aún más la crítica. Cada vez se admite más hoy que el hombre se caracteriza por su adaptación, sea a su medio, a las diversas agrupaciones a que pertenece, sea a incitaciones o estímulos accidentales. El fenómeno de adaptación

es sin duda el más decisivo de los estudios sociológicos modernos, sobre todo americanos, y sobre él reposa la noción tan importante de cultura. Así, si partimos del estudio de la adaptación, ¿podemos mantener la idea de un hombre cualquiera, de un hombre medio? No se puede ciertamente hablar de una adaptación media; para saber de qué se trata, es necesario estudiar los casos individuales. Y así encontramos otra gran tendencia de la sociología moderna: la individuación. Ya no se trata de estudiar las formas abstractas, sino al hombre en un cuadro social. Así se opondrá a los estudios de M. Weber sobre la burocracia, los estudios de los hombres comprendidos en una burocracia, del estilo de la de Crozier, y en ese momento nos damos cuenta que la misma burocracia no es lo que se había supuesto.

Lo mismo sucede con la adaptación; el problema es saber cómo los hombres se adaptan, pero eso no puede conocerse sino por una especie de encuesta individual, y entonces nos percatamos de que existe una multiplicidad de formas y de vías en esta adaptación. Si tomamos una empresa y estudiamos la vida de los hombres que trabajan en ella, descubrimos cantidades de adaptaciones diversas, sistemas de compensación, renunciaciones, neurosis, jerarquías de valores diversos, frenajes inconscientes, satisfacciones inesperadas, intereses que polarizan la personalidad, sublimaciones, etc. Se puede decir que cada individuo encuentra su fórmula personal de adaptación en su medio, o con referencia a estímulos. Cuanto más preciso y atento se hace el análisis, tanto más se descubre la diversidad. Esa multitud del «Metro» que parecía a primera vista indiferenciada, está en realidad compuesta de unidades que no tienen casi nada de idéntico entre ellas. Por una parte, en efecto, se encuentran en condiciones diferentes y a menudo poco comparables; por otra parte, incluso cuando se trata de condiciones idénticas, las modalidades de adaptación —y así la misma personalidad— se diversifican. En consecuencia, en ninguna parte puede encontrarse el tipo de hombre medio y debemos abandonar esta categoría inútil, pues no explica nada, y falsa, pues no corresponde a una realidad.

Para confirmar este juicio, es posible hacer la contraprueba. Esta nos será dada por las encuestas de opinión. Ya sabemos que si nos contentamos con un cuestionario simple y con una muestra tomada de una población global, podemos obtener dos clases de curvas —en campana y en J— que dan la impresión de que justamente existe un tipo medio de opinión. Pero esto es muy elemental. La tendencia actual, como sabemos, consiste en especificar estos sondeos de opinión e interpretarlos con métodos cada vez más rigurosos, pero estas interpretaciones nos alejan cada vez más de la idea de una opinión media y de un hombre medio. Nos damos cuenta de que la opinión varía en función del sexo, la edad, el medio, la educación, la profesión, el lugar de habitación, etc., y que, por consiguiente, no existe un hombre medio. No

existe una especie de opinión difusa general, que sería compartida por la inmensa mayoría de los hombres de una sociedad; existe, por el contrario, una fragmentación de la opinión en subgrupos múltiples, y cuanto más se busca un conocimiento preciso tanto más estamos obligados a multiplicar las especificaciones, con la consiguiente multiplicación de variables, de tal manera que cuando consideramos un subgrupo es preciso aún en éste variar todas las demás especificaciones para conseguir un panorama más próximo a la realidad de la opinión sobre una cuestión. Como bien se ha dicho, no hay una opinión, sino opiniones; aun así, es preciso subrayar aún que esto sólo tiene importancia en el caso de *un* problema dado, de *una* cuestión planteada sobre la cual se forma la opinión.

Pero aún estamos muy lejos de una consideración sobre el hombre mismo. Para ello sería preciso tener en cuenta la multiplicidad de sus opiniones sobre los grandes problemas de la sociedad en que vive y que comparten los hombres de esta sociedad. Esto vendría a reducir aún más el margen de acuerdo. Un hombre dado puede pertenecer a una cierta corriente en lo concerniente a tal problema y a otra distinta en lo concerniente a un problema vecino. Es preciso aún acordarse de que existen diferencias entre los individuos según la mayor o menor concordancia que manifiestan entre su conducta y su opinión declarada. Para algunos existe una relación directa entre la actitud y la opinión; para otros, por el contrario, los dos factores son bastante independientes, o incluso contradictorios. Entonces es imposible describir este hombre medio a partir de la observación directa de los individuos en un grupo, en una sociedad, en cuanto a sus opiniones o sus actitudes. Es imposible sacar una verdadera media o hacer una amalgama de estos diferentes caracteres.

Pero debemos ir más lejos. Si por un lado la observación del hombre concreto prohíbe trazar un perfil del hombre medio, quizá tendríamos más suerte procediendo —como lo hacían los sociólogos del período precedente— a partir de los caracteres del grupo para deducir de ellos los del hombre. Pero si trabajamos en este sentido nos es necesario aceptar la confrontación de nuestros resultados con los de la observación concreta del hombre que vive en ese grupo. Es evidentemente posible dar un «retrato» de militante fascista o de técnico partiendo de los caracteres ideológicos actuales de su grupo, pero ¿corresponde este retrato a cualquiera de esos militantes o de esos técnicos cuando observamos al individuo en sí mismo?

Con rapidez llegamos a la conclusión de que hay dos clases de diferencias; en primer lugar, ese hombre medio no es simple, no representa sólo un carácter central y principal, sino también una multitud de caracteres. Cuando yo describía en mi libro sobre la Propaganda el tipo de aquel a quien se hace la misma, acumulaba sus rasgos: cristalización psíquica, alienación, disocia-

ción psíquica, aparición de la necesidad irreprimible de propaganda, tensión y ansiedad, autojustificación, integración creciente en el grupo, desarrollo de los prejuicios, etc. Todo esto resultaba del conocimiento de la propaganda y de la observación de los grupos en los cuales juega una propaganda. Pero he aquí la primera diferencia con el hombre real. Este no presenta *jamás* todos los caracteres agrupados de esta manera, sino que estará bien marcado por la necesidad apasionada de propaganda, bien extrovertido, bien esclerótico. Participa de una manera más o menos completa en este cuadro, pero no corresponde en todo; no acumula nunca en lo vivido la totalidad de los rasgos de los que nos hemos servido para hacer el retrato del hombre medio. Además, ¿es significativo este carácter que le aproxima al hombre medio, separado de los demás? ¿Puede decirse que nos encontramos en presencia de un hombre medio cuando sólo participa en un solo elemento de su personalidad a lo que llamamos así? Estamos, entonces, muy tentados de decir que este hombre medio es puramente imaginario y que el carácter encontrado en un hombre concreto, viviente, no es en absoluto significativo de una media. Hemos escogido arbitrariamente ese rasgo para componer nuestro personaje, le hemos atribuido la denominación de hombre medio; una vez hecho esto, descendemos de nuevo hacia los individuos que presentan ese rasgo y decidimos que, en ese caso, son hombres medios. Pero toda esta operación es de un malísimo método científico, pues, en efecto, nada al principio nos autorizaba a aislar ese rasgo.

La segunda diferencia entre el hombre viviente y el hombre medio es la siguiente: Cuando hemos aislado un rasgo por el análisis sociológico de un grupo y hemos concluido que representa una medida o un denominador comunes entre todos los miembros de este grupo, es decir, que existe en éstos, hacemos abstracción del factor individual; o, dicho de otra manera, incluso si constatamos por observación directa de un individuo que éste presenta este rasgo, estamos obligados al mismo tiempo a constatar que no lo presenta nunca en *estado puro*, tal y como lo hemos esquematizado, tipificado, para describir nuestro hombre medio. Este carácter que hemos retenido, en lugar de combinarse con los demás caracteres del hombre medio que hemos abstraído y con los cuales le hemos puesto en contacto, se encuentra combinado en el hombre viviente con muchas otras cosas. Este individuo presenta aspectos, tiene opiniones y actitudes, participa en grupos, tiene actividades que le son particulares y de las cuales hemos debido hacer abstracción. Por lo mismo, este carácter que tenía en común con el hombre medio cambia completamente de valor, de peso, e incluso de significación, por causa de su relación con el resto de la personalidad. Así, este rasgo social que hemos considerado en suma «en estado puro» para construir nuestro hombre medio, y que hemos acentuado

poniéndolo en relación con otros caracteres igualmente producto del medio, no se encuentra jamás en estado puro en el hombre concreto y está siempre mitigado, dulcificado y más o menos transformado porque este hombre no es sólo un hombre social; por muy socializado que esté, sigue siendo un individuo aún autónomo —y de ello tenemos una notable ilustración con la novela del *Doctor Jivago*—. El carácter de hombre medio que podemos discernir en alguien, está de hecho refractado por la especificación individual y puesto en combinación con tal cantidad de caracteres epicéntricos que ya casi no se le puede dar un lugar central y retenerlo como significativo. Dicho de otra manera, cualquiera que sea el lado por el que tomemos el problema, cualquiera que sea el método de aproximación, no encontramos jamás en lo concreto ese hombre medio. La tendencia fuertemente individualizante de la sociología moderna es firme; el hombre medio del que se habla no existe *en la realidad*.

\* \* \*

Pero el problema no es tan simple y no podemos detenernos en esta constatación, por otra parte indiscutible. Si fuéramos coherentes, deberíamos renunciar, pues, a utilizar este concepto del hombre medio y a hablar de él; pero nos encontramos en presencia de una de esas nociones, frecuentes de sociología, que es a la vez casi imposible de definir y delimitar y, al mismo tiempo, casi imposible de abandonar. Pensemos, por ejemplo, en conceptos como los de «sociedad» o «clase». Se ha reprochado a Durkheim, por ejemplo, haber utilizado el concepto de sociedad sin determinar finalmente de qué se trataba, sin haber dado una definición de ella —no intelectual, lo cual es siempre fácil— que repose sobre un análisis sociológico científico. En realidad es imposible efectuar este análisis científico, pero ¿se puede concluir de ello que la sociedad no existe? Y después de todo ¿no vemos claramente, cuando leemos las obras de Durkheim, diríamos de manera sensible, de qué habla? ¿No aprehendemos cuál es la realidad sociológica que está en cuestión?

Pues lo mismo pasa en cuanto a la clase, que es un grupo imposible de aprehender. Se pueden acumular sus caracteres, como hacen Sorokin o Gurvitch, sin que nos den verdaderamente cuenta de ella, pues estos autores comienzan por darse una definición de clase y después es esta definición la que analizan. Bien entendido no quiero decir que esta definición sea falsa o arbitraria y aún menos que sus análisis sean inexactos, pero observo que de diez autores encontramos diez definiciones perfectamente discordantes de la clase social. Se llega entonces al escepticismo de Pareto: «Es suficiente decir lo que se entiende por clase social y después comprobar en una sociedad dada si ese grupo existe.»

Pero esto es un relativismo subjetivo muy poco científico, y la situación se revela aún peor cuando se intenta, como la mayoría de los autores americanos de después de Warner, partir de la observación directa de la sociedad o de una ciudad, pues se concluye entonces firmemente en que las clases no existen. Ninguna observación de hecho permite una clasificación de los individuos que corresponda a un concepto comparable al de clase y, sin embargo, nadie llega a abandonar pura y simplemente ese término y ese concepto. Sabemos, al menos, poco más o menos, de manera sensible e intuitiva, de qué se trata cuando hablamos de «clase social». Sin duda, ésta no es una actitud rigurosa y científica, sino que corresponde a la idea de «inteligibilidad inmediata» de Max Weber. E incidentalmente me gustaría subrayar que si es legítimo poner en tela de juicio los conceptos vulgares, simples y evidentes, por el método científico, quizá sea necesario también proceder recíprocamente a la crítica de nuestros métodos en función de las evidencias que se revelan incapaces de aprehender y de explicar.

En lo concerniente al hombre medio el problema es del mismo orden. ¿Hacia dónde dirigirse si renunciamos a él radicalmente? Existen dos posibilidades: un puntillismo o un organicismo. Por un lado, siempre nos quedará la descripción aún más minuciosa de las especificaciones individuales. Tomaremos como ejemplo una empresa, estudiaremos en ella, despacho por despacho, las reacciones, adaptaciones y opiniones de categorías diversificadas de obreros y de empleados. Podremos declarar que tantos empleados están satisfechos de las condiciones de tal trabajo, etc., pero nos guardaremos de sacar la menor conclusión general, pues nada permite inferir por esta fábrica algo de la fábrica vecina, y además constatamos divergencias tanto más grandes cuanto más minucioso es nuestro método. Extremizando, puedo afirmar que, en el estudio de un pueblo normando, no existe categoría de artesano, pues si el papel del mecánico, del carretero, del herrero y del peluquero puede, en rigor, compararse, su estatuto no tiene nada de común, su nivel de vida y modelo de adaptación tampoco. Diré entonces que existe un carretero cuya situación es tal y un mecánico cuya situación es cual, etc., pero, después de todo, ¿qué puedo aprender sobre esta sociedad con esta serie de «perfiles» reales y concretos?

En el otro extremo, si busco la descripción del grupo social o sus modificaciones sin tener en cuenta al hombre medio, ¿qué me quedará?: la descripción de las estructuras objetivas, externas y como existentes en sí mismas, sin tener en cuenta al hombre. Puedo, entonces, describir las instituciones, hablar de la organización judicial, de la burocracia, del sistema industrial, del funcionamiento de los partidos políticos, etc.; todo lo cual es muy importante pero no permite absolutamente tener una vista exacta de una sociedad,

pues las diferentes organizaciones sólo funcionan por y para los individuos y sólo se ponen en contacto unas con otras a través de hombres. Cuando describo una organización burocrática no digo nada si no intento describir cuál es el comportamiento del burócrata y el del administrado, y entonces estoy obligado a referirme a un tipo medio de burócrata y de administrado evidentemente tan próximo como sea posible a la realidad vivida. Cuando describo una empresa industrial determinada no hago nada en tanto que, por ejemplo, no haya examinado si funciona en los Estados Unidos, en Egipto o en el Chad, pues la misma fábrica en esos diferentes países tendrá caracteres, obtendrá resultados y comportará efectos radicalmente diferentes. Y, además, estoy obligado a considerar lo que se puede denominar por obrero medio americano o chadiano, sabiendo, ciertamente, que esto sólo será una aproximación.

Esta imposibilidad de evitar el uso del concepto de hombre medio no se confiesa, ciertamente, por los sociólogos que lo han criticado, y, sin embargo, cuando tomamos sus obras, nos damos cuenta de que, sin ser citado, este concepto está omnipresente. Si tomamos algunas obras de sociólogos científicos incontestados, desde luego no se trata nunca de manera explícita del hombre cualquiera, del obrero medio, etc., pero, finalmente, todo reposa sobre este concepto. Cuando, por ejemplo, Kurt Lewin establece las leyes de su física psicosocial y los métodos de la dinámica de grupos, presupone la existencia de un hombre, no abstracto, pero que obedece a leyes comunes, sin lo cual se haría imposible estudiarlo científicamente. Así, si, a pesar de las diversidades individuales, existen estas regularidades de comportamiento, mantenemos indiscutiblemente el principio de un hombre medio, de un hombre cualquiera.

Sin duda se me responderá que este hombre estudiado por K. Lewin no corresponde a lo que sentimental e ingenuamente puede colocarse bajo el término como «hombre de masa» u «hombre cualquiera». Se trata de un estudio de comportamiento del hombre en el grupo y con relación a él, de la interacción de los individuos pertenecientes a un mismo grupo; se puede decir que no es, en absoluto, el equivalente de una noción de hombre medio. Pero me parece que al hacer esta objeción se omite un aspecto esencial y, en cierto modo, anterior: ¿Cuál es el hombre de que se ocupa Lewin? No es precisamente el hombre en sí, el hombre eterno de todo tiempo y lugar; es esencialmente el hombre de la cultura americana, perteneciente a lo que se puede calificar de una sociedad al mismo tiempo individualista y masificada. Son las acciones y reacciones del hombre de la sociedad de masas las que K. Lewin estudia; es de la dinámica de los grupos integrados en esta sociedad de la que se ocupa. Y cuando examinamos el detalle de sus inves-

tigaciones nos damos cuenta de que se trata normalmente de hombres pertenecientes a esa inmensa *middle class* de la sociedad americana. Sin duda los métodos que ha puesto a punto pueden servir para estudiar otros casos, pero me parece que son sobre todo aptos para estudiar el comportamiento del hombre medio, y en la medida en que se les aplica, por ejemplo en Francia: es sobre todo para el hombre medio y a medida que la sociedad se masifica más para los que son útiles, a pesar de su finura en la interpretación de comportamientos. En suma, en mi opinión, en K. Lewin no se trata del hombre, sino del hombre medio de la sociedad americana (1).

De otra forma, encontramos esta idea de hombre medio implícitamente, por ejemplo, en el muy notable manual de psicología social de Stoetzel. Y, sin embargo, la idea implícita del hombre medio vuelve siempre. Se trata, por ejemplo, de la manera en que «el polinesio» ve su cuerpo, «de los griegos modernos», «un japonés», «los esquimales se alegran de morir», etc.; pero, en todo esto, sólo se puede hablar de medias y del hombre medio; no pueden estas cosas abarcar a la totalidad de los individuos, ni a alguno especificado en su singularidad, pues cuando se dice «el polinesio» o «el japonés» no se piensa de ninguna manera en un ser viviente de carne y hueso, ni su comportamiento individualizado se toma a título ejemplar y como significativo de una generalidad, de un comportamiento medio. Lo que es, por otra parte, extraño —pero explicable— es que aceptemos sin darnos cuenta que se hable del comportamiento de los polinesios —*in globo*— como dando por descontado que todos los polinesios tienen el mismo comportamiento, pero no aceptemos que se diga «los franceses» o «los americanos» hacen esto o creen lo otro. Nos damos cuenta de la diferenciación extrema que reina en un medio próximo, aunque no veamos la del medio lejano, incluso cuando este medio se estudia desde su interior por el más escrupuloso de los antropólogos. La diferenciación a la cual somos sensibles nos conduce a recusar la existencia de un comportamiento, de sentimientos, de reacciones, de ideologías que nos son comunes, que son medios, y cuyas variaciones son de poco peso.

Tomemos un último ejemplo: el del Hombre Imaginario de E. Morin. Este estudio es particularmente importante para nuestro propósito, pues hace doble referencia al hombre medio —sin emplear ciertamente el término—. Por un lado, E. Morin demuestra que el cine responde a tendencias muy profundas del hombre, y, por otro, que es el creador de un cierto tipo de hombre. «El cine es una simbiosis; un sistema que tiende a integrar al espectador

---

(1) Un error del mismo género fué cometido por KINSBY en su famoso informe titulado: «El comportamiento sexual del hombre». Hubiera sido preciso precisar: «Del hombre medio americano de 1950».

en el flujo del film y, al mismo tiempo, que tiende a integrar el flujo del film en el psíquico del espectador.» Pero cuando E. Morin nos da la descripción de este hombre al cual el cine responde, corresponde, expresa y satisface, mucho me temo que no sea el hombre viviente. Cuando escribe: «Lo que el cine interesa, y lo que le interesa, es el espíritu de infancia que posee, aun indistinto y mezclado, la totalidad de los hombres», o también «al cine le falta el concepto, pero lo produce y por ello, si bien no las expresa, fermenta todas las virtualidades del espíritu humano», tengo la impresión que es necesario precisar que esto concierne al hombre medio de la sociedad occidental. Se trata de un conjunto humano al que tiende nuestra evolución europea y que culmina con el impacto de las técnicas; se trata, también, de las virtualidades de un espíritu occidental, y precisamente al nivel de un hombre de la calle, que cumple finalmente lo irracional de este hombre en el cuadro de lo racional técnico.

Sería preciso, evidentemente, proceder a un análisis mucho más detallado de obras de este orden para mostrar que esta noción del hombre medio está implícitamente presente en los trabajos más exactos científicamente. ¿Por qué no admitir, entonces, lo que no se puede eliminar? ¿Por qué no conceder derecho de ciudadanía a este concepto? Sin embargo, si lo recibimos —como lo hago y con frecuencia lo utilizo— es necesario precisar su dominio, su contorno y no emplearlo de cualquier manera.

\* \* \*

Hay dos utilizaciones que me parecen, a niveles muy diferentes, difícilmente discutibles. En primer lugar la noción de hombre medio puede utilizarse como concepto operacional en un análisis sociológico, o en la construcción de un modelo sociológico. El hecho de abstraer algunos rasgos que pueden reconocerse con certeza estimable, de reunirlos y de dar así un tipo de hombre en cuestión, me parece una operación perfectamente aceptable y es, incluso, indispensable si se quiere proceder a un análisis posible.

En efecto, si se retienen todos los rasgos posibles, colocándolos en un plano de igualdad, se obtendrá tal dispersión de caracteres que no será posible utilizar el objeto en un estudio sociológico, que, sin embargo, existe y es indispensable. La individualización extrema está sin duda más próxima a lo real, pero hace imposible toda operación de comprensión y explicación. Desde luego tampoco es adecuado que este concepto operacional sea imaginario y que se confunda, por otra parte, con lo real en su totalidad. Este concepto operacional se debe construir a partir de la observación de la realidad, sólo reteniendo los elementos existentes y poniendo en relación, si es posible, los

que al mismo tiempo se observan más frecuentemente y están más cargados de significación. Pero en la medida en que nos atenemos a esta regla damos una imagen del hombre medio muy ambigua y que comporta rasgos contradictorios. Es lo que he hecho en la descripción de aquel a quien se hace la propaganda (*Propagandes*) y en la del Hombre Occidental de 1970 (Sedeis, 1962). Y es que, en realidad, trazar el concepto de hombre medio no significa en absoluto que hagamos un retrato simplista, esquemático y elemental, sino sólo una descripción del hombre que se pueda utilizar para comprender y explicar determinados fenómenos sociológicos en un grupo o en una sociedad dados. Se puede, pues, trazar el contorno de este hombre medio sociológico reteniendo una colección de datos esenciales y típicos, ya sea por el número observado, ya sea por la significación que el grupo le atribuye, ya sea por la influencia y el «peso» de determinación de los comportamientos.

No pretendemos haber establecido la fisonomía del hombre viviente que encuentro efectivamente y del cual puedo, en la relación humana, retener la unicidad, sino solamente los elementos de su personalidad que son más típicos y pueden ser más significativos, pero que en él tendrán más o menos importancia, a los cuales no escapa y que, en un momento u en otro, se expresan efectivamente en él. Por otra parte, este perfil no debe nunca considerarse como acabado, completo y satisfactorio, sino que debe siempre ponerse en tela de juicio por una confrontación con la evolución de la real. El concepto operacional, por muy abstracto que sea, no puede petrificarse, porque nos conducirá a resultados inexactos y modelos falsos.

Es entonces necesario proceder sin cesar a la crítica de la imagen construida de este hombre medio. El hombre de la calle no ofrece una permanencia, justamente porque existe en función de su contexto sociológico y éste evoluciona, por lo que la mayoría de las críticas a esta noción del hombre medio concernientes a casos concretos se dirigen sobre todo a una persistencia del concepto operacional, después de que éste haya dejado de tener alguna relación con la realidad, pero que ha llegado a ser una especie de imagen popular simplificada. Pero sin este concepto operacional un estudio sociológico no tiene más salida que efectuarse haciendo pura y simplemente abstracción del hombre, como he dicho. Así, a este nivel, la noción del hombre medio me parece absolutamente indispensable.

Y nos lo volvemos a encontrar al otro extremo de la escala de comprensión, a saber, al nivel de la utilización pragmática. Debemos mantener los dos extremos de esta cadena para responder a nuestra cuestión: «¿En qué medida la idea de hombre medio corresponde a una realidad?»

Si consideramos las empresas de publicidad, de organización de programas de televisión, o la orientación de la prensa, nos damos cuenta de que todas

estas cosas reposan sobre la idea incontestada de que existe un consumidor medio, un espectador medio o un lector medio. Estos no se evalúan de manera general, vaga e imprecisa, sino que, por el contrario, tenemos siluetas muy rigurosas. Un especialista en publicidad sabe exactamente que tal tipo de argumento, tal imagen o tal color obtendrá tal efecto y que para hacer pasar la indiferencia de la atención al acto de vender es preciso conducirla de tal manera o colocarla en tal clima. Un director de periódico sabe muy bien lo que pide su público y si se puede decir que se ha abandonado generalmente la fórmula «sangre en primera página», no obstante el lector siempre resulta atraído por el *Human Interest*, por las noticias médicas, por los escándalos. Se poseen perfiles muy precisos del lector medio de un periódico determinado y el director sabe que sólo puede jugar entre límites bastante estrechos o, dicho de otra manera, que, por una parte, el número de sus lectores que no corresponden al esquema medio es bastante débil y, por otro lado, que los rasgos comunes y fijos son relativamente imperativos.

Así, en este nivel puramente pragmático —que insisto en llamar así a pesar de los numerosos estudios teóricos sobre estas cuestiones—, lo que me parece muy importante es la eficacia del concepto. Cuando el publicitario concibe un anuncio o una emisión de publicidad, la concibe en función de su imagen de hombre medio al cual se dirige la publicidad, y si su imagen es correcta su publicidad será eficaz, es decir, producirá un acrecentamiento de ventas. Esto es exactamente lo que se observa. Hay ahora en cada país un diseño correctamente trazado del hombre que se trata de alcanzar, y en la medida en que se observa una eficacia creciente de la publicidad esto quiere decir que ese diseño del hombre medio corresponde a una realidad. La misma observación podemos hacer en lo concerniente a los lectores de periódicos. La imagen teórica del lector medio es efectiva puesto que, correctamente utilizada, permite un aumento considerable de las tiradas. El ejemplo de *Paris Soir* fué una buena ilustración de ello. Estoy, pues, convencido por la experiencia de que este hombre medio no es una simple imaginación, sino que corresponde a una realidad terriblemente eficaz.

Pero es preciso hacer una observación. Mientras que el concepto operacional teórico del cual hablábamos anteriormente se construye a partir de observaciones de detalle, y por una conjunción de rasgos separados, al principio, analíticamente el concepto pragmático del lector medio depende mucho más de una aprehensión global. La imagen que el director de un periódico se hace de su público, de sus gustos, de lo que esperan, no es el resultado de un análisis de mercado, sino de una especie de comprensión, de sensibilidad y de proximidad con los hombres que frecuenta. Desde luego ya sé que hay también sondeos de opinión y encuestas destinadas a orientar a un periódico.

Existen también las cartas de los lectores, pero se debe subrayar que estas indicaciones vienen generalmente a confirmar, con escasas y débiles modificaciones, lo que el director del periódico sabía ya. Los análisis psicosociológicos del medio aportan algunas precisiones, pero no revelaciones; dicho de otra manera, este conocimiento global puede llamarse igualmente pragmático, porque su origen no es científico y resulta de una experiencia directa y de una intuición. Tenemos, así, en los dos extremos de la cadena del conocimiento, dos aspectos de este concepto de hombre medio: uno puramente teórico, construido como modelo; otro puramente pragmático, destinado a la eficacia. Y en los dos casos el concepto se revela útil.

\* \* \*

Si, por lo tanto, admitimos la validez de esta noción de hombre medio, debemos precisar a qué corresponde. En primer lugar, este hombre medio no es, sin duda, la reproducción del hombre real, viviente. Por mucho que se hable del hombre de la calle —lo que es enteramente legítimo—, si paramos al primero que nos encontremos en la calle raramente encontraremos en él a un hombre que se parezca exactamente a lo que hayamos esquematizado.

Si establecemos una media entre varios números, sabemos muy bien que esto quiere decir que hay números por encima y números por debajo y que quizá ninguno de estos números corresponde exactamente con el de la media. Esto es evidente aunque, sin embargo, esta media sea muy significativa para todos los números. Este ejemplo está sólo destinado a aclarar la evidente discordancia entre el tipo de hombre medio y el hombre real, sin que sea verdaderamente aplicable al caso, pues ya hemos insistido varias veces en el hecho de que no se trata de una verdadera media, confeccionada a partir de todos los rasgos conocidos. Estoy plenamente de acuerdo con la crítica expresada anteriormente según la cual esta media no existe, y cuando utilizo este concepto no significa que haya efectuado una media aritmética de todos los caracteres reconocidos en los hombres que viven en un grupo.

Pero querer recusar la idea y el empleo del hombre medio porque no lo encontramos concretamente, porque su rostro no es el de tal o cual individuo, es, en definitiva, recusar toda posibilidad de estudio sociológico o histórico. Esta afirmación está acorde con toda la obra de Max Weber y, como escribe perfectamente Raymond Aron (*Curso de Sociología*, 1963), «un concepto histórico no retiene los caracteres que presentan todos los individuos incluidos en la extensión del concepto, ni menos aún los caracteres medios de los individuos considerados, sino que abarca lo típico, lo esencial. Cuando se dice que los franceses son indisciplinados e inteligentes, no se quiere decir que to-

dos lo sean, lo cual es verdaderamente improbable. Lo que se quiere es reconstruir un individuo histórico, el francés; retener algunos caracteres que parecen típicos, que definen la originalidad del individuo. El concepto no será definido ni por los caracteres comunes a todos los individuos ni por los caracteres medios, sino que será reconstrucción estilizada de los rasgos típicos».

La no correspondencia entre el hombre medio, típico, y el hombre real se presupone igualmente en el hecho de que nadie ha pretendido nunca su identidad. Este sería el caso si se creyese que el hombre medio *es* el hombre viviente, y puesto que se ha descrito a *este* hombre sería necesario no encontrar más que réplicas exactas de este modelo, lo cual sería absurdo. Pero, por otra parte, esta discordancia no es inquietante si el perfil del hombre medio ha sido correctamente trazado. Esto quiere decir que en todo hombre de ese grupo existe una relación esencial con ese hombre medio en cuanto a la base de su personalidad —que es a lo que llega la idea de la personalidad de base (cifra los estudios de Michel Dufrenne)—, en cuanto a sus motivaciones profundas y en cuanto a su relación principal con el grupo.

He aquí, pues, una primera precisión. La segunda, asimismo evidente, proviene de que el hombre vive en una multiplicidad de grupos y es en relación a éstos como se puede concebir un hombre medio. Dicho de otra manera, no existe un hombre absoluto, una naturaleza humana en sí, valedera en todo tiempo y lugar, que sería el hombre medio. Sólo se pueden trazar los rasgos del mismo en función del grupo o de los grupos en los cuales se encuentra insertado. Será el hombre medio de la familia burguesa, o el sindicalista medio, o el universitario medio, o el francés medio. Esto nos lleva a concebir dos aspectos diferentes de esta relación con el grupo; por una parte, la idea de hombre medio debe tomarse a diferentes niveles y no puede utilizarse indiferentemente para todos. Así es como podemos concebir un hombre medio de la civilización occidental, a un nivel inferior, el francés medio, y en un grado inferior, el burgués medio, etc., o sea que la amplitud de los grupos y su orientación nos conduce a elaborar un tipo medio, reteniendo los caracteres relativos a ese grupo y que no son forzosamente idénticos a niveles diferentes.

Por otra parte, en la medida en que el hombre concreto vive en esos grupos diversos, es preciso tener en cuenta la multiplicidad de facetas del hombre medio para especificarlo y debe intentarse combinar los caracteres típicos. Pertenece, por ejemplo, a la clase obrera y al mismo tiempo es soltero, o jefe de familia, etc., por lo que no se pueden establecer unos rasgos uniformes y simplistas del hombre medio. Hay, en fin, que tener en cuenta, lo cual viene a complicar la cosa, el hecho de que no es sólo la pertenencia al grupo

lo que especifica al hombre medio, sino también sus acciones y las coacciones que sufre. Tomemos como ejemplo al espectador de cine; existe el hombre medio como espectador, como sujeto pasivo de las presiones de propaganda y como aquel a quien se hace la propaganda. Todo esto muestra que el concepto de hombre medio no es fácil de trazar y que, ciertamente, no es en modo alguno simplista. El camino de las encuestas y estadísticas sociológicas no puede ser el de una huida a la facilidad ante la complejidad de lo real.

He aquí ahora una tercera precisión que podríamos considerar como recíproca de la precedente. Si consideramos a un hombre viviente en esos diferentes grupos, presentará una doble diferencia en relación a ese o esos hombres medios de los que acabamos de hablar. En primer lugar, no presentará nunca todos los rasgos acumulados en su persona que hayamos podido reunir procediendo a este estudio de los grupos, de las acciones y de las relaciones. Si fuera así, sería el hombre medio «ideal», es decir, el robot que hemos desechado. Se parecerá más o menos: podrá, en cuanto sindicalista, ser verdaderamente un sindicalista medio en su comportamiento y en sus opiniones, pero en cuanto francés podrá no ser en absoluto el francés medio, etc. La multiplicidad de combinaciones posibles de esos rasgos, la posibilidad de su ausencia y presencia, preserva la diversidad extrema de los individuos y se corresponde con la individuación de la observación concreta que se quería oponer como crítica a la idea de un hombre medio.

En segundo lugar, es igualmente cierto que la acumulación de los rasgos retenidos como típicos del hombre medio no constituirá nunca toda la personalidad del hombre concreto, tomado en su especificación. Esta personalidad comportará otras expresiones y lo que los críticos del hombre medio dicen de la «refracción individual» podemos admitirlo plenamente. Ni que decir tiene que existirán otros factores no típicos, accidentales y esporádicos, aunque cuando decimos no típicos no queremos decir sin importancia. Para el individuo, una expresión determinada de su personalidad será la más vivida, la más profunda, la más expresiva de sí mismo: podrá retener una aventura amorosa o una tendencia de su comportamiento por esencial en sí mismo, pero esto podrá no tener ninguna importancia a los ojos del sociólogo que observa a este individuo en el grupo o en su acción social. Ni siquiera podemos decir que lo que especifica al hombre viviente sólo es lo más superficial o una ramificación del tema central, pues puede vivir esto diferentemente y darle una significación muy distinta, así que si lo consideramos en sí mismo debemos tener en cuenta el juicio que tiene sobre él mismo.

Pero cuando discernimos en él el rasgo típico de hombre medio podemos esperar también de él, en cualquier zona de su relación social, tal opinión o tal comportamiento que lo revelarán como un hombre medio. Por otra parte,

al admitir esta especificación de lo individual, nos es preciso, por lo menos, recordar que ésta sólo juega a partir de las aportaciones proporcionadas por la civilización o la cultura en la cual se sitúa el individuo en cuestión. Incluso actitudes tan personales como las de la aventura amorosa o la reacción frente a la muerte son extremadamente «sociales», como lo ha demostrado Stoetzel (*Manual de psicología social*). Sin embargo, nos es preciso tener en cuenta esta doble diferencia entre el hombre medio, colección de rasgos típicos, y el hombre viviente de una sociedad dada, a la vez menos rico en esos rasgos típicos y más singular en cuanto a sus opiniones y reacciones.

\* \* \*

Habiendo admitido, con las precisiones necesarias, la utilidad del concepto de hombre medio, nos resta, en conclusión, plantear el problema de la reciprocidad entre este hombre medio y la sociedad global en la que se sitúa. Podemos conocer los rasgos típicos de este hombre no por la observación de los individuos y la encuesta individual, que sólo nos proporcionará una colección de caracteres, inutilizables en fin de cuentas por inclasificables, sino por el análisis de los grupos en que se sitúa este hombre, los cuales se especifican por la sociedad global de la que forma parte. Esto reposa sobre la convicción de que una sociedad no existe en sí, no es un objeto en sí, un organismo independiente, sino que es lo que es en función de los hombres que la componen. Si describo la burocracia con sus caracteres, con sus mecanismos, etc., esto quiere decir que los hombres pertenecientes a las oficinas presentan también tales caracteres, sin los cuales la burocracia no sería lo que he descrito.

Pero el análisis de los burócratas, al principio, no me permite remontar a la burocracia, porque nada me da sus caracteres típicos: el estudio individual me permitirá como mucho controlar y rectificar la descripción del fenómeno sociológico tratado. Así, podemos decir que la sociedad global depende del hombre medio que la constituye y que, recíprocamente, este hombre medio es la expresión de esta sociedad global. Existe forzosamente una correspondencia de rasgos típicos entre el uno y la otra, y mi última observación tratará del carácter variable de esta correspondencia y reciprocidad.

No estamos en presencia de un fenómeno constante en el curso de la historia y en todas las sociedades. Cuanto más integradora es una sociedad, tanto más tiende a aproximarse el tipo de hombre medio al de hombre real, siendo este aproximamiento lo que permite caracterizar a una sociedad como totalitaria. Pero, ¡cuidado!, no quiero decir que la parte «social» del hombre aumente en detrimento de su parte «individual», aunque esto pueda ser igualmente exacto. En las diversas formas de sociedades, en los diversos grupos,

algunos tienen una mayor potencia de integración, una exigencia de adaptación más diversificada, una capacidad de creación de mitos, de esquemas, más viva. En estos casos, el individuo vive más completamente de lo que le proporciona el grupo y presentará un mayor número de rasgos típicos de su sociedad. Tendremos entonces la impresión de una concordancia entre lo individual y lo colectivo, de una especie de espontaneidad de adaptación y de expresión, pero es entonces cuando será más fácil trazar los caracteres del hombre medio y el estudio individual revelará una parte menor de reacciones personales. Así, el valor del concepto de hombre medio y su diferencia con el hombre real son variables según los tipos de sociedades globales estudiadas.

JACQUES ELLUL

(Traducción: CARLOS F. LIÉBANA.)

### R É S U M É

*Le professeur Ellul prend comme point de départ de son étude la genèse de l'idée d'homme moyen empruntée par les sociologues de la masse au langage vulgaire vers 1930. A entendre ces sociologues on serait arrivé à cette idée d'homme moyen à travers l'étude des caractères d'un collectivité de laquelle cet homme moyen faisait partie.*

*Mais au moment même où l'idée d'homme moyen semblait enracinée à jamais en sociologie voilà que l'on remet tout en question. Les critiques portent sur l'idée de moyenne dont on se réclame et qu'on ne saurait soutenir, et surtout sur le caractère absolu de cette idée d'homme moyen, caractère qui va franchement à l'encontre des tendances modernes de la sociologie qui s'arrête surtout aux cas d'espèce. L'analyse de plus en plus poussée des éléments multiples composant la société ne permet plus de retenir cette idée trop simpliste d'homme moyen, valable dans quelque sorte que ce soit de société. Au surplus, l'homme réel, n'offre pas seulement un trait central et principal, trait que l'on retrouve parfois chez l'homme moyen mais qui à l'état pur n'apparaît jamais, l'homme moyen n'existant donc pas en réalité.*

*Ce qui ne veut pas dire qu'il faille écarter désormais l'idée d'homme moyen. C'est là une de ces idées tout comme celles de société et de classe, qu'on ne saurait ni définir ni abandonner sans plus car cela nous conduirait à l'«organicisme» ou au bizantinisme, c'est à dire à l'opposé de toute méthode scientifique. Mais tout en acceptant l'idée il nous faudra cependant en définir les contours et ne pas l'employer à tout propos.*

*On est fondé à se servir de l'idée d'homme moyen en deux circonstances:*

*comme conception de base d'une analyse sociologique, en faisant abstraction des traits communs, faciales à reconnaître à un degré admissible de certitude et pragmatiquement, pour en tirer des conclusions efficaces. L'idée d'homme moyen se montre utile dans ces deux cas pourvu qu' on n'oublie pas que cet homme moyen n'est pas l'image même de l'homme réel, et que ce dernier vit au sein de groupements multiples à l'intérieur desquels seulement l'homme moyen est concevable.*

*Le professeur Ellul étudie enfin la réciprocité variable entre l'homme moyen et la société qu'il représente pour affirmer que plus une société est intégrante plus l'homme réel s'approchera de cet homme moyen.*

#### S U M M A R Y

Professor Ellul begins with the study of the genesis of the "average man" concept, which was adopted from common language by sociologists of the masses in 1930. One can understand the idea of these sociologists average man by studying the characters of a collectivity from which the figure of the average man is derived.

But when this idea appeared connected with sociology, there arose great controversy around the whole question. Criticisms say that the idea of average contained in the concept is unsustainable and, above all, in the absolute concept that the average man implies, which clashes with the modern sociological tendencies in the sense of a greater casuistry. The increasingly diversified analysis of the multiplicity of a society's components does not authorize the extremely simplistic idea of an average man to be valid for every society. Also, a man in reality does not only represent a central and principal character and, if in some cases we establish that he does in fact represent the characteristic of the average man, he will never actually have this feature in the pure sense, therefore the average man does not exist in reality.

However, this does not mean that the idea of an average man should be given up altogether. This idea, the same as those of "society" or "class", belongs to the group of concepts that is, at the same time, almost impossible to define and equally impossible to abandon as it would take us either to a "puntillismo" or to an organicism equally separated from the scientific method. If, therefore, we accept this idea it must be under the condition that we clearly specify its contours and do not use it incorrectly.

The idea of the average man can be used in two levels; as operational concept in a sociological analysis by means of the abstraction of some of the common features, and on the level of pragmatical use, destined toward effi-

¿EXISTE EL «HOMBRE MEDIO» DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIOLOGICO?

ciency. In both cases the concept is revealed as being useful, as long as we do not forget in the first place, that the average man is not the reproduction of man in reality, and secondly that the latter lives in a multiplicity of groups and it is in relation to these that the average man can be understood.

Prof. Ellul ends up by dealing with the variable character of the reciprocity between the average man and the whole society in which he is involved. The more integrator a society, the more the type of average man tends to draw nearer to that of the real man.

